

PRIMERA PARTE
PRESAGIOS DE MUERTE

El ambiente de inestabilidad política y de actividad militar que se respiraba en Guatemala, en los años sesenta, no escapaba a mi percepción de niño. Desde el bus escolar veía los vehículos de policía que patrullaban las calles y los convoyes militares que salían o volvían de alguna ‘misión’. Eran los años posteriores a la caída del gobierno de Arbenz, cuando se iniciaban las campañas de contrainsurgencia para combatir las primeras gestas guerrilleras. En aquellos armatostes militares, los soldados solían ir sentados de cara hacia atrás y era a veces inevitable hacer contacto directo con sus miradas, mientras las unidades continuaban su vigilancia por la ciudad, portando intimidantes sus armas de combate. Son imágenes imborrables en mi memoria.

En el camino a casa, al regreso del colegio, era frecuente ver los carros civiles de los oficiales de la seguridad del gobierno, largos y oscuros, de marcas estadounidenses, Dodge, Buick, Oldsmobile, que aparcaban en cualquier calle de la ciudad. Un arma, quizás un M16 o un Galil, era colocada a lo largo

del asiento trasero, a la vista de los peatones. Sentado al volante de esos misteriosos automóviles, que pasaban tardes enteras aparcados en el mismo sitio, un hombre vistiendo anteojos de sol verde oscuro y aro dorado hojeaba el periódico del día, o esperaba recostado cómodamente en su asiento ancho de tapicería clara.

Ese ambiente tenebroso, diríase de ocupación, en el que crecí y al que me acostumbraba al crecer, también llegó a invadir el seno de nuestra casa. Tengo muy presente la imagen de mi padre tomando medidas de seguridad, yendo y viniendo por aquellos largos corredores paralelos al patio central de nuestra casa, de trazado colonial del centro de la ciudad, preocupado, anticipando algo, mientras mi madre susurrando nos conducía a alguna habitación, casa, indicándonos dulcemente con el dedo índice sobre la boca que debíamos guardar silencio. Se escuchaba el ruido de vehículos pesados y voces de tono militar en la calle. ...¿Vendrían los soldados a catear la casa? Pasaban prolongados minutos de angustiada espera. De repente los golpes sonoros de las culatas en el portón principal. Los oficiales se abrían paso, internándose hasta el más ínfimo rincón. Revisaban habitaciones, armarios, el estudio, papeles, el jardín, el carro. Lo revisaban todo. Mi padre respondía a algunas preguntas mientras mi madre, manteniendo una calma aparente, se ocupaba de nosotros. Después de la tormenta, la calma relativa. Al menos por ahora... *bueno, niños, no ha pasado nada, vuelvan a la cama.*

Durante esos años de infancia y luego adolescencia —a finales de los sesenta y principios de los

setenta— se incrementó visiblemente la injerencia estadounidense en Guatemala, principalmente por medio del apoyo al ejército, que pasó a encabezar también el plano político del país. Se había intensificado la guerra contra el “comunismo” cuya erradicación se había convertido en objetivo principal del gobierno, aun pagando cualquier costo. La contención de focos guerrilleros en el oriente del país justificaba, a sus ojos, la matanza masiva de campesinos de la zona.

Años después, una tarde a finales de 1979, aprovechaba el silencio de la biblioteca de nuestra casa en El Zapote para avanzar en algún proyecto de mi curso de arquitectura. Los días muchas veces se convertían en noches, y luego en madrugadas, sin darme cuenta del tiempo que pasaba estudiando. De pronto el teléfono. ¿Sería algún amigo para invitarme a salir...? *Buenas tardes, ¿con el licenciado?* Preguntó alguien con voz áspera. *No, el licenciado no está en este momento, ¿le puedo dar algún mensaje? Sí. Dígale que se cuide. Que conocemos de su historial comunista y lo tenemos vigilado.* Para entonces, mi padre ya se había retirado de la vida pública.

Unos meses más tarde, mi hermano mayor saldría por última vez de esa misma casa, una temprana mañana de junio. Desde mi habitación lo vi salir, vestido con su atuendo blanco de médico, mientras su silueta desaparecía a través del cristal de colores de la puerta principal...

C. Díaz